

**NGULAN MAPU (ARAUCANÍA):
LA ‘PACIFICACIÓN’ Y SU RELATO HISTORIOGRÁFICO, 1900-1973.***

LEONARDO LEÓN **

En la sociedad burguesa se evitaba la conciencia con el silencio de los problemas fundamentales, se enseñaba la ignorancia.

Gustavo Canihuante, *La Revolución chilena* (Edit. Nascimento, 1971): 152.

RESUMEN

En este artículo se analiza el relato historiográfico relativo al proceso de ocupación de las tierras mapuches por parte del Estado chileno. Se trata de reconocer, clarificar, establecer los paradigmas que infiltran y contaminan la transparencia y lucidez de la conciencia histórica chilena sobre los mapuches. Por sobre todo, se requiere revisar a fondo el sustrato gnoseológico sobre el cual se construye ‘nuestra’ mirada actual de una tradición de investigación y búsqueda que se fue construyendo sin preguntarse sobre la solidez de sus cimientos, guiándose por el prisma ideológico de una época marcada por el racismo y el evolucionismo social.

Palabras Claves: Ocupación de la Araucanía, pueblo mapuche, relato historiográfico.

ABSTRACT

This article analyzes the historiographic story about mapuche's lands occupation by the chilean Estate. The article is about recognize, clarify and establish the paradigms that contaminates the transparency and lucidity of chilean historic conscience about mapuche

* Este artículo forma parte de Proyecto Fondecyt 1040724, “El colapso de la frontera mapuche, 1900-1950. Transformaciones sociales y bases históricas del conflicto actual”. Mis agradecimientos a Marcelo Rojas por facilitarme la lectura de algunos autores antiguos; a Augusto Samaniego y José Bengoa, por ilustrarme sobre algunos aspectos de la obra de Alejandro Lipschutz; a Fernando Ulloa y Víctor Quilaqueo por su experta colaboración académica.

** Académico de la Universidad de Chile.

people. Mainly, it requires review deeply the gnoseologic substrate on which is constructed our current view of an investigation and research tradition which was constructed without asking about the solidity of its bases, guiding itself by the ideological lens of a time characterized by racism and social evolucionism.

Keywords: Araucania's occupation, mapuche people, historiographic story.

INTRODUCCIÓN

Durante la primera mitad del siglo XX, los mapuches del *gulu mapu* (Araucanía tradicional) fueron caracterizados en por lo menos tres imágenes que de ellos elaboró la sociedad chilena: la del heroico personaje de la épica del siglo XVI, la del ‘indígena’ pacificado y sometido de fines del siglo XIX y, en mucho menor medida, la del mapuche que se organizaba y defendía sus derechos frente al Estado y la sociedad *winka*. Los primeros aparecían continuamente mencionados y descritos en los textos escolares, en los discursos públicos, en la literatura y en la poesía. “Las viejas tribus araucanas”, como las llamó Pablo Neruda. La imagen de los mapuches derrotados y sometidos por las campañas de la ‘Pacificación’ figuró con más frecuencia en la prensa, en la crónica militar y en la historiografía de la época. Los menos mencionados, y por lo tanto, los menos conocidos, fueron los representantes étnicos, tales como Melivilu, Manquilef, Coñuepan y otros, quienes tendieron a ser conocidos y mencionados más bien en el reducido mundo de la política¹. La sociedad chilena de la época, y también los mapuches comunes y corrientes, tuvieron que cohabitar con estas tres representaciones contradictorias, ambiguas y complejas, basadas respectivamente en el pasado lejano, en la historia reciente y en la contemporaneidad. “Las descripciones de los Mapuche”, escribió acertadamente Milan Stuchlik en 1974, “aparecen así más bien como modelos conscientemente manejados que se convierten, en el transcurso del tiempo, en estereotipos de la identidad étnica”². Lo más extraordinario es que la intelectualidad de aquel tiempo no se esforzó por crear puentes y conexiones entre estas imágenes tan diversas y contrapuestas; por el contrario, tanto en el mundo académico como en el de la política, se operaba desde esos encasillamientos y estereotipos, acuñando, incluso, diferentes vocablos de referencia – ‘araucanos’, ‘indios’ y ‘mapuches’. Tampoco existió un relato que uniera los tres fragmentos con que se representaba a los mapuches, produciéndose una situación de segmentación artificial que en nada contribuía a la percepción de la etnia como una entidad nacional, con su propia historia, un territorio propio y una propia cultura. De esa manera, se profundizaba aún más la brecha que se gestaba entre la memoria, el recuerdo y la actualidad.

En este contexto de fragmentación de la imagen del mapuche, se sumaron durante el período 1900-1950 numerosos proyectos legislativos y debates promovidos en el seno de la

¹ Rolf Foerster y Sonia Montecino, *Organizaciones, líderes y contiendas mapuches, 1900-1970* (CEM, Santiago, 1988); “Condiciones de emergencia, ideologías y programas de las organizaciones mapuches”, *Documento GIA*, Santiago, 1982).

² Milán Stuchlik, *Rasgos de la sociedad Mapuche contemporánea* (Edic. Universidad Católica de la Frontera, Temuco, 1974): 37. El autor identifica tres estereotipos acuñados en Chile de los mapuches: los valientes guerreros, los bandidos sangrientos (siglo XIX) y los indios flojos y borrachos (post Pacificación).

sociedad política *winka* respecto de las formas de propiedad, socialización, educación e integración que debía implementar el Estado chileno para generar la anhelada integración del mapuche. Fue en este último plano, especialmente en lo que se manifestó como una discusión doctrinaria alentada por el Partido Comunista y el Partido Socialista en el Congreso Nacional, donde mejor se manifestó el impacto de las visiones segadas y discontinuas de los mapuches. Mientras unos abogaban por el fin de los abusos y maltratos cometidos contra los mapuches, otros abogaban por su plena integración a la ‘nación chilena. Este tema, interesante y motivador, ha sido abordado en las páginas de esta Revista por el profesor Augusto Samaniego, quien examinó lo que ha denominado las “mentalidades políticas wingkas ante la comunidad agraria inalienable”³. Globalmente, el trabajo del profesor Samaniego tiene el gran mérito de comenzar un debate en torno a las categorías y conceptos que elaboró la izquierda chilena durante la primera mitad del siglo XX para abordar la ‘cuestión mapuche’. Basado en los discursos parlamentarios, Programas de los partidos y testimonios orales, el autor analiza las falacias y carencias del pensamiento progresista y revolucionario del siglo XX, proporcionando una entrada bien fundamentada en un problema hasta aquí omitido en las discusiones ventiladas en los círculos de izquierda. Igualmente interesante y provocador resulta el trabajo publicado, también en este número de *Historia Social y de las Mentalidades*, por el profesor Jorge Pinto Rodríguez, “Expansión económica y conflicto mapuche. La Araucanía, 1900-1940”⁴, en el cual este destacado historiador aborda las numerosas y complejas conexiones que se desarrollaron a nivel regional con motivo de la apertura hacia los mercados internacionales, la voracidad territorial que dejaron en evidencia los empresarios y colonos, los ciclos de depresión económica que siguieron a esa primera etapa de integración ‘forzada, y el paulatino proceso de exclusión -incluida la expulsión desde sus tierras hacia las ciudades- que experimentó la población mapuche originaria durante las primeras décadas del siglo XX. “Lejos de desaparecer”, escribió Pinto Rodríguez, “el pueblo mapuche conservó rasgos propios y una identidad que mantiene hasta los albores del siglo XXI, demostrando una enorme capacidad para enfrentar las circunstancias adversas que se le presentaron después de la ocupación de sus tierras”⁵.

Los trabajos de los profesores Samaniego y Pinto, sumados a la obra de Bengoa y Foerster, quiebran el silencio historiográfico chileno respecto de los mapuches en el siglo XX. En este trabajo, que se estima complementario a lo que han realizado dichos especialistas, se aborda el análisis del relato historiográfico sobre la ‘Pacificación’ de la Araucanía. Como hipótesis central se plantea que ese relato no se limitó a la mera narración de los acontecimientos –como muchas veces se argumenta desde el falso positivismo y la auto proclamada neutralidad política de la historiografía oficial- sino que también asimiló, interpretó y acuñó imágenes estereotipadas y prejuiciosas de los mapuches que, con el pasar de los años y gracias a su inserción en los textos escolares, terminó instalando un retrato desmedrado en el imaginario nacional. Fue el momento en que la historia oficial, con el amplio apoyo de los dispositivos estatales y de la complaciente tolerancia de la

³ Augusto Samaniego, “Mentalidades políticas wingkas ante la ‘comunidad agraria inalienable’ y el pueblo mapuche: (De Ibáñez a Ibáñez, 1927-1958)”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* XI, Vol. I (2007): 141-165.

⁴ Jorge Pinto Rodríguez, “Expansión económica y conflicto mapuche. La Araucanía, 1900-1940”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* XI, Vol. 1 (2007): 9-34.

⁵ Id.:10.

sociedad, comenzó a desfigurar y manipular la memoria colectiva, contribuyendo al proceso de exclusión y discriminación que afectó a los mapuches durante toda la centuria⁶.

Globalmente, es necesario señalar que es imposible abordar el estudio de un proceso histórico sin antes referirse a las imágenes y percepciones que, situadas en el imaginario colectivo, necesariamente preceden a la formulación de las hipótesis de los investigadores⁷. Asimismo, no se puede ignorar la importancia que tiene, en la construcción de la memoria colectiva, el relato historiográfico. Tanto el especialista como su entorno social aparecen contaminados no solo por los progresos que registra la disciplina –lo que se denomina el estado de la cuestión’ en el mundo científico- sino también por los estereotipos, arquetipos y prejuicios que han forjado aquellos mismos investigadores y que subyacen como telón de fondo a sus inquietudes científicas. En su conjunto, ambos elementos constituyen el marco sesgado desde el cual se formulan las preguntas y se buscan las respuestas a los problemas historiográficos actuales. Se produce una confluencia que es inevitable. Lo que podríamos denominar la ‘historicidad’ de la narrativa histórica, que se manifiesta ya sea en su modo intelectual o en su función social. El historiador, en tanto sujeto sensible y susceptible a la influencia de los discursos y vivencias que constituyen el trasfondo epistemológico de su tiempo, no logra escapar de la sutil red que tejen las categorías y conceptos elaboradas por sus antecesores, pues esas elaboraciones del espíritu de su época -como lo habría denominado Dilthey- son, al mismo tiempo, la montaña sobre la cual se para y el horizonte sobre el cual fija su mirada. Por eso, como bien señala Gabriel Salazar, es ingenuo pensar que el investigador se sitúa en una “atalaya supra histórico y trans subjetivo donde se afincan el ojo incontaminado de ‘lo científico’, el prisma frío de ‘lo objetivo’ y la majestad inmóvil de ‘la’ verdad”⁸. El historiador es un sujeto social, hijo de la historia, protagonista de la historia, arquitecto constante del futuro que será un día también historia. Por sobre todo, el historiador es un esclavo de su tiempo, de su era.

En este artículo se trata de reconocer, clarificar, establecer los paradigmas que infiltran y contaminan la transparencia y lucidez de la conciencia histórica chilena sobre los mapuches durante gran parte del siglo XX. Por sobre todo, se requiere revisar a fondo el sustrato gnoseológico sobre el cual se construye ‘nuestra’ mirada actual. Dar cuenta, en una palabra, de una tradición de investigación y búsqueda que como un verdadero edificio se fue construyendo, ladrillo a ladrillo, sin preguntarse sobre la solidez de sus cimientos. En ese sentido, la hipótesis central de este trabajo consiste en plantear que los historiadores y estudiosos –chilenos y extranjeros- que durante el periodo 1900-1973 elaboraron el relato de la ‘Pacificación’ de la Araucanía, lo hicieron determinados por el marco ideológico de una época marcada por el racismo, el darwinismo social, el minimalismo económico, y también por la mera y pura ignorancia basada en los falsos estereotipos que acuñaron sus predecesores intelectuales. No estuvieron presentes en sus análisis aquellos conceptos y

⁶ José Bengoa, *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches en el siglo XX* (Planeta, Santiago, 1999); Jorge Pinto Rodríguez, *De la inclusión a la exclusión. La formación del Estado, la Nación y el pueblo mapuche* (IDEA, Univ. de Santiago de Chile, 2000); *La Memoria Olvidada*.

⁷ Roger Chartier, *El mundo como representación* (Editorial Gedisa, Barcelona, 1996); Edgard W. Said, *Orientalismo* (Edit. Debate, Barcelona, 2002); Mauricio Archiva, “Voces subalterna e historia oral”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 32 (2005).

⁸ Gabriel Salazar, *La historia desde abajo y desde adentro* (Universidad de Chile, 2003): 241.

categorías -tales como identidad, cultura, autonomía, soberanía o etnicidad- que denotan una visión global de los mapuches como pueblo sometido por la fuerza a los dictados políticos del Estado-nación chileno.

La cronología de este trabajo cubre gran parte del siglo XX, pero se interrumpe en 1973. La interrupción no es casual. El golpe militar que derrocó ese año al gobierno del doctor Salvador Allende no solo puso fin a un largo proceso de desarrollo político de las clases populares bajo el liderazgo de los partidos revolucionarios, sino que también hizo flaquear algunos de los pilares más fundamentales de la memoria histórica nacional y rompió algunos de los consensos respecto de los factores que influenciaron la evolución de la sociedad chilena. A consecuencias de estos fenómenos -que podríamos denominar como el primer quiebre en Chile de los grandes relatos y el término del concepto tradicional de un Estado-una Nación-, se produjo el surgimiento de una nueva historiografía, tanto en Chile como en el exilio, que en su médula fue, simultáneamente, rupturista y fundacional. Entre sus diferentes vertientes, -historia social, historia de género, historia de la infancia, historia del trabajo-, surgió un área disciplinaria preocupada de lo indígena y de las relaciones inter-étnicas; historiadores, antropólogos, sociólogos y politólogos, además de literatos y artistas, volcaron su mirada hacia el mundo originario y dieron un extraordinario vuelco a la infravaloración intelectual y científica que primó durante la mayor parte del siglo pasado. Lo mapuche dejó de ser visto como algo menor, exótico o arcaico. ¿Sobre qué bases historiográficas se produjo esta transformación? Para comenzar a dar respuesta a estas interrogantes se realizará en las siguientes páginas una revisión de aquellos autores que, previo a 1980, dieron cuenta de lo que se denominó con el eufemismo de la *Pacificación* o 'la cuestión mapuche'. Se ha centrado el análisis en estos procesos porque su elaboración conceptual es determinante al momento de interpretar los aportes que tuvieron lugar posteriormente en la reconstrucción de la historia de la Araucanía.

En primer lugar, señalemos algunos datos duros. El colapso de la frontera mapuche en el sur de Chile fue un fenómeno de larga duración que puede dividirse en dos grandes fases. La primera corresponde al proceso de penetración chilena hacia los territorios del *Gulu Mapu*, ya sea bajo la forma de la colonización espontánea, o de la consolidación de los mecanismos de intercambio comercial y, finalmente, de la irrupción militar que, iniciada a comienzos de la década de 1850, terminó con la infraestructura bélica de los habitantes de la Araucanía. Durante esa fase se inició la fundación de ciudades, la construcción de caminos, viaductos y vías férreas y se produjo la incipiente implantación de las instituciones estatales. Se produjo también en esos años la colonización extranjera de los territorios periféricos -Valdivia, Concepción, Llanquihue-, se gestó la primera legislación dirigida a intervenir los territorios mapuches y se rompió la tradición de los parlamentos, mecanismo tradicional de intercambio político y diplomático con la jefatura aborígen. En su conjunto, la confluencia de estos eventos mermó la capacidad militar de los mapuches, cortó sus circuitos tradicionales de intercambio económico y, desde el punto de vista doméstico, debilitó los mecanismos de parentesco, alianzas políticas y federaciones militares que, desde el horizonte tribal, habían sostenido por siglos la autonomía territorial, social, política y cultural de los mapuches. Los historiadores han calificado esta etapa como el de la "Pacificación de la Araucanía". Su cronología se extiende de 1850 a 1884.

La segunda fase del colapso de la frontera mapuche corresponde al período 1880-

1930, en que se produjo el desmantelamiento de las instituciones fronterizas, se gestó y formalizó la apropiación de las tierras de los mapuches y, en términos de las relaciones sociales, se produjo el surgimiento de la política de reducción a través de las operaciones de la Comisión de Radicación, se crearon los Protectores de Indios y se consolidaron las villas y ciudades fundadas en la primera fase del período. Son los años en que resalta, de una parte, la modernización generada por la introducción de maquinarias, ferrocarriles, recintos urbanos y economías capitalistas, y de otra, cuando se comienzan a manifestar el desarrollo de la pobreza y de la exclusión de los grupos sociales originarios⁹. Esta segunda fase, probablemente la más traumática en la historia mapuche, se extendería hasta bien entrada la primera mitad del siglo XX.

1. LAS BASES DEL RELATO HISTORIOGRÁFICO: NAVARRO, GUEVARA Y ENCINA.

Aún no se apagaba el resonar de los cañones y metrallos que durante las campañas de la Pacificación quebraron el silencio de las selvas araucanas, cuando las imprentas comenzaron a producir los primeros textos históricos que daban cuenta del suceso. Leandro Navarro, teniente coronel del ejército, fue uno de aquellos soldados que, rememorando tiempos más gloriosos, decidió escribir la epopeya. Refiriéndose a la ocupación de la Araucanía, Navarro señaló: “Próximos a conmemorar el centenario de nuestra Independencia, es digna ofrenda para la Patria ver incorporada al territorio nacional una extensa zona que se mantuvo independiente por más de tres siglos y medio.....”¹⁰. Haciendo eco del pensamiento racista y evolucionista de la época, y pagando un respetuoso saludo a los mapuches de antaño, el autor manifestaba: “la raza araucana, degradada hoy, si se quiere, y próxima a extinguirse, no nos debe ser indiferente a nosotros los chilenos, por sus gloriosas tradiciones históricas y por lo indomable de su carácter, del cual nos vanagloriamos ser sus descendientes”¹¹. Para Navarro, la ‘Pacificación’ produjo la decadencia de la ‘raza mapuche’ y fue el anuncio preliminar de su extinción. “El indígena del año 1859, en que comenzó la conquista y pacificación de la Araucanía, se encontraba en todo su vigor y altivez, la raza no se había degenerado, hasta el pobre estado en que hoy se encuentra. El indígena toma prontamente los vicios de la jente civilizada, por eso, el alcohol, que tenían tan a la mano con la creación de los nuevos pueblos, con quienes se pusieron pronto en contacto, los empobreció, para satisfacer este vicio a que son tan aplicados y de ahí viene en gran parte su dejeneración”¹². Ya en Navarro se manifiestan algunos de los elementos que estructurarán, posteriormente, el relato historiográfico de la Pacificación. En primer lugar, que el proceso obedeció a la ‘necesidad’ de Chile de ocupar su territorio natural; en segundo lugar, que los mapuches contemporáneos son una mera sombra de la raza que protagonizó la epopeya; en tercer lugar, que los mapuches se encontraban en vías de desaparecer muy pronto del horizonte histórico nacional. En su conjunto, estos planteamientos sitúan a los mapuches como un estorbo a la modernización del país, como un desafío para la institucionalidad estatal y, por sobre todo, como un relictos

⁹ Leonardo León, *Tradición y modernidad en la Araucanía, 1900-1935* (Manuscrito, 2007).

¹⁰ Leandro Navarro, *Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía desde el año 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional* (2 Vols., Imprenta Lourdes, Santiago, 1909): Vol. 1: 1.

¹¹ Id.: 1.

¹² Id. 286.

proveniente del arcaísmo. Por sobre todo, conceptualmente, el pueblo mapuche se convierte en una entidad anacrónica que ha perdido su oportunidad histórica.

Tomás Guevara, el destacado historiador que durante su desempeño como Rector del Liceo de Temuco tuvo la oportunidad de encontrarse diariamente con mapuches, contribuyó a formar una de las imágenes más indelebles de los antiguos y modernos habitantes de Arauco. Consciente del impacto que podían tener sus palabras señaló en *Psicología araucana*: “Este trabajo ha sido redactado con intención científica. No es, pues, labor de propaganda contra la raza indígena: sería eso pueril y sin ningún fin práctico”¹³. Por supuesto, esta aclaración le permitiría hacer, posteriormente, afirmaciones etnocéntricas como la siguiente: “Por su deficiencia psicológica no es apto una noción precisa, como no se la forma, de lo bello”¹⁴. Globalmente, el autor se refirió a la ‘Pacificación’ como “el sometimiento definitivo de los araucanos”. En otras palabras, se planteó al pueblo mapuche como una entidad que, estando dentro del marco jurisdiccional del estado chileno, rehusaba someterse a sus dictados. Rebeldes, insumisos, desordenados, primero; vencidos, desanimados, carentes de brillo, después de la ocupación. Dando cuenta de las transformaciones que experimentaron los mapuches debido a la ‘Pacificación’, el autor afirmó: “Reminiscencias de su histórica afición a la guerra fueron las formaciones y simulacros que continuaron teniendo después de la ocupación definitiva; pero al presente esta afición guerrera ha desaparecido por completo. La energía militar de la raza es hoy una tradición y nada más....”¹⁵. Sin ignorar ni omitir el estado de postración en que se encontraba el pueblo épico en los días que realizaba sus observaciones ‘etnográficas’, y los estragos que causaba la modernidad, Guevara escribió: “La raza indígena ha llegado a un período en que la extinción es más efectiva que la absorción del elemento étnico superior en contacto con ella. Han venido originando esta disminución los estragos de las enfermedades epidémicas, el alcoholismo, el producto escaso de su trabajo y a veces de los terrenos a que se les ha confinado, las espoliaciones del colono nacional y extranjero y finalmente el tedio de la vida pobre, humillada y perseguida, que va acrecentando su humor triste”¹⁶.

Guevara fue crítico del marco jurídico en que se llevó a cabo la ocupación de la Araucanía y del sistema legislativo que ordenaba las relaciones patrimoniales entre los mapuches. Sobre el régimen de propiedad comunal que impuso el Estado chileno a través de los títulos de merced desde 1883, régimen que repudiaba, Guevara escribió: “Hace, pues, muchos años que el araucano se halla en aptitud, por esta evolución de su estado social, de manejarse solo, sin las trabas del régimen comunal”¹⁷. En cuanto al ajuste de los araucanos a la nueva institucionalidad jurídica y legal que introdujo el sistema estatal en sus territorios, el autor señala: “Obligados a concurrir a los juzgados en solicitud de amparo contra las diarias expropiaciones y atropellos de que son víctimas, los indios se han hecho en la actualidad litigantes asiduos y reconcentran en el tinterillo o agente de juicios la repulsión hereditaria al español, hoy chileno”¹⁸. Guevara reconocía los azares y avatares a

¹³ Tomás Guevara, *Psicología del pueblo araucano* (Imprenta Cervantes, 1908): 1.

¹⁴ Id.:172.

¹⁵ Id. 148.

¹⁶ Id.:172.

¹⁷ Id.:192.

¹⁸ Id. 204.

que se veían expuestos los mapuches a causa de la ocupación forzada de sus tierras, pero estos eventos no fueron suficientes para explicar su retraimiento y tristeza aparente. En otras palabras, haciendo caso omiso de las condiciones materiales que condicionaban la existencia de los mapuches a una situación miserable, desde su posición evolucionista, Guevara atribuyó estos rasgos a la “raza mapuche”, que en su opinión se situaba en el mundo de las “razas inferiores y semi civilizadas”. “Los estudiantes indígenas tampoco pueden mantener fija su atención por un espacio de tiempo algo prolongado. Las operaciones aritméticas, los episodios históricos y las lecciones de ciencia que se extienden, exceden a la cantidad de energía nerviosa de que disponen...el araucano dispone de un caudal copioso de ideas particulares; pero apenas cuenta con las jenerales más humildes y nunca llega a las más altas. En esto, como en todas las manifestaciones de su mentalidad, no difiere de los pueblos inferiores o semi civilizados”¹⁹. Se podría pensar que Guevara formuló estos planteamientos de modo accidental. En realidad, ellos se reiteran a través de su obra y son avalados con datos provenientes de la observación y comunicaciones personales. Su cercanía con Manuel Manquilef, el destacado dirigente mapuche de comienzos de siglo, y su continuo diálogo con lonkos y gente corriente, le permitió establecer estrechos lazos con sujetos de su época, rescatar valiosos datos que guardaba la memoria oral y reconstruir relatos cotidianos que, de otra manera, quizás se habrían perdido para siempre; pero no pudo superar el etnocentrismo ni los prejuicios que configuraban su horizonte teórico y su práctica historiográfica.

Las observaciones de Tomás Guevara no se limitaron tan solo al campo de la psicología y mentalidades de los mapuches. También se afincaron en el mundo jurídico y político tribal. Refiriéndose a los malones como acciones de represalia llevadas a cabo por el grupo familiar para vengar una afrenta, el autor escribió: “Estas agresiones, fondo bien claro del derecho penal, ponen a la vista lo que era la práctica real de la vida indígena, reflejan con bastante luz el alma bárbara...correspondía el tipo de justicia araucana al de las sociedades cuya civilización no ha salido aún de los grados medio o superior de la barbarie”²⁰. Y más adelante observaba: “Como en la generalidad de las colectividades no adelantadas, entre los araucanos la justicia reposaba en el talión, cruel y estricto en la época primitiva.....”²¹. Para Guevara, la ocupación estatal de la Araucanía representó un progreso para la región. “La población agraria se acrecentó notablemente en la frontera y por lo tanto, la capacidad productora de esta sección. El cultivo del trigo y la ganadería fueron las industrias rurales de preferencia”²². Al describir el proceso de expansión militar iniciado por Cornelio Saavedra, el autor manifestó: “La obra de conquista del coronel Saavedra había sido más eficaz, inteligente y persistente.....”²³. En síntesis, Guevara concibió el colapso de la frontera mapuche como un hecho significativo y trascendente en la historia nacional toda vez que terminó consolidando el territorio ‘natural’ del Estado, sin cuestionarse las bases políticas ni la legitimidad jurídica del acontecimiento. Como parte de su ‘Destino Manifiesto’, el Estado chileno llevó a cabo la colosal tarea de derribar sus fronteras internas y establecer su hegemonía sobre toda la población del país. Desde 1880,

¹⁹ Id.: 367.

²⁰ Tomás Guevara, *Historia de la justicia araucana* (Imprenta Universo, 1922): 1

²¹ Id.: 7.

²² Tomás Guevara, *Historia de la civilización de la Araucanía* (3 Vols., Santiago, 1902): Vol. 3: 385.

²³ Id.: 353.

Chile comenzaba a funcionar como un solo sistema.

Guevara no quedó solo ni aislado en sus planteamientos. Muy por el contrario, sus investigaciones, dichos y asertos fueron fundamentales en las elaboraciones historiográficas posteriores. Francisco Antonio Encina, desde una perspectiva basada en el darwinismo social, manifestó que la Araucanía era “una comarca completamente extraña a la vida civilizada y perdida para el desarrollo del pueblo chileno...”²⁴. Su preservación como espacio autónomo la atribuye a los “majaderos místicos y a los sentimentales” que influenciaban el debate político nacional de la segunda mitad del siglo XIX. Iniciando su análisis con las pintorescas venturas y desventuras del Orelie Antoine I, el autor atribuye a este incidente el inicio del plan de “conquista”, “ocupación militar” e incorporación a “la vida civilizada” de la Araucanía”, conceptos que extenderá en las páginas siguientes. Refiriéndose a los indígenas “no sometidos”, Encina pasó revista a la temprana institucionalidad impuesta por los legisladores chilenos, describió la admiración de los chilenos hacia los araucanos de la epopeya anti-española y, luego, describió los desmanes que causaban sus descendientes en la región fronteriza. Para Encina, los araucanos históricos, -Caupolicán, Lautaro, Lientur o Pelantaro-, no encajaban con los mapuches encabezados por Quilapán, Melin o Catrileo a fines de la década de 1850: la civilización había degenerado en barbarie. “La obra laboriosamente realizada en diez años de ardua labor- señala al relatar la destrucción de Cañete en 1859- desapareció en días, confirmando una vez más la experiencia secular de que, mientras el pueblo araucano conservara su poder militar, la civilización no podía asentar pie en la zona comprendida entre el Bío-Bío y el Toltén”. La designación de Cornelio Saavedra, la elaboración de un plan de ‘ocupación’, el resurgimiento de la figura de Orelie Antoine y la guerra con España, sellaron durante la década de 1860, en una fatídica confluencia, la “pacificación” del territorio mapuche, a pesar de las voces disidentes que, afirma irónicamente Encina, “pusieron el grito en el cielo por el inicuo crimen que se tramaba contra nuestros antepasados y símbolos del heroísmo chileno”²⁵. En medio de los dimes y diretes que sacudieron a la dirigencia montvarista, agrega el autor, el ejército procedió a establecerse en Mulchén y Negrete, para brindar protección a los chilenos que tenían tierras entre el Bío-Bío y el Malleco. Comentando el peso que tuvo el discurso de la ‘pacificación’ -que más bien encerraba la idea de que la empresa podía ser acometida, al decir del presidente José Joaquín Pérez, sin recurrir a la violencia y transformando a los gobernantes “en tutores y defensores de los indios”- el autor concluye: “había en estos propósitos inconsciencia de la mentalidad de los indios...” Analizando los planteamientos paternalistas que subyacen a las discusiones políticas que originó la ocupación de la Araucanía, Encina afirmó: “El fondo del problema de Arauco no había logrado incorporarse a la conciencia nacional. Fuera de Saavedra y del Presidente Pérez, ni los políticos ni la clase dirigente tenían idea de su trascendencia sobre la evolución histórica del pueblo chileno. No se daban cuenta de las consecuencias sobre el desarrollo económico, de la substracción de las extensas y fértiles comarcas abarcadas por las provincias de Arauco, Bio-Bío, Malleco, Cautín y la mitad norte de Valdivia. No se les representaba el sacrificio que, en el correr del tiempo, importaba la necesidad de mantener en la frontera un ejército de 1.500 hombres para prevenir las sublevaciones eventuales, ni el

²⁴ Francisco A. Encina, *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta la revolución de 1891* (2ª. Edición, Santiago, 1970): 202.

²⁵ Id., p. 545.

debilitamiento militar que entrañaba en caso de conflicto exterior. No veían que las tribus araucanas impedían el desborde espontáneo de la población chilena sobre la Patagonia...”²⁶ En una palabra, para Encina, la Araucanía autónoma y sus habitantes, se interponían entre Chile y su destino. Chile representaba para Encina la civilización, y su avance hacia los territorios tribales era el inevitable progreso de la historia: los mapuches eran las figuras retrógradas y obscurantistas del arcaísmo.

En su polémico ensayo sobre lo que denominó *La inferioridad económica de Chile*, publicada en 1911, Encina ya había adelantado algunos de los conceptos que se van discutiendo. Dando cuenta de la ausencia de un espíritu empresarial, de sacrificio y austeridad, en un país dotado de riquezas naturales, población y estabilidad política, el autor concluía que la inferioridad obedecía a un “estado orgánico crónico, una postración permanente, un debilitamiento económico antiguo y persistente”²⁷. ¿Cuál sería esa enfermedad de ‘larga duración’? “Nuestra raza”, señalaba, “en parte por herencia, en parte por el grado relativamente atrasado de su evolución y en parte por la detestable e inadecuada enseñanza que recibe; vigorosa en la guerra y medianamente apta para las faenas agrícolas, carece de todas las condiciones que exige la vida industrial”²⁸. Y más adelante agregaba: “Pueblo mestizo, cuyos caracteres ancestrales disociados por un extenso cruzamiento forman una masa plástica sensible a todas las influencias...”²⁹.

Encina escribió su versión de la ocupación de la Araucanía desde el horizonte que dibujaba su época. ¿Con qué imagen nos deja Encina de este proceso? Con la idea de que hay hombres superiores e inferiores, que unos conquistan, avasallan, arremeten mientras otros son conquistados, sometidos, humillados. “En cuanto se subtrae al control y al contacto de los elementos sociales superiores más civilizados que él, el campesino cargado de sangre araucana desciende en moralidad, en cultura y en todo lo que constituye la civilización. Se hace perezoso aventurero y ladrón. Pierde toda iniciativa económica, desperdicia su actividad, lleva la incertidumbre a los contornos...”³⁰. Refiriéndose a la masa obrera, el autor le reconoce vigor, resistencia, pujanza, inteligencia y la “consciencia instintiva de su superioridad”. La materia prima es de primer orden, afirma, “por desgracia, el grado de evolución en que se encuentra no permite obtener, por hoy, el rendimiento de que ella es susceptible. Circula abundante por las venas de nuestro pueblo la sangre del aborigen araucano, y aunque esta sangre es generosa, no puede salvar en tres siglos la distancia que los pueblos europeos han recorrido en cerca de dos mil años”³¹. Los chilenos vencedores, los mapuches vencidos, los mestizos degenerados. ¿Fue así el proceso histórico o estas son meras disquisiciones del autor?; ¿Qué pasa con la obra de este historiador cuando le sacamos el discurso ideológico, la fantasía darwinista que avala sus afirmaciones más infaustas? Nos quedamos con un relato muy pobre, deficiente en datos, incierto en las fuentes, magro en las conclusiones. Nos quedamos con un relato que es caricatura del pasado nacional y con un sin fin de adjetivos, descalificaciones y prejuicios que no se

²⁶ Id., p. 557.

²⁷ Francisco A. Encina, *Nuestra inferioridad económica. Sus causas, sus consecuencias* (2ª. Edición, Edit. Universitaria, 1970): 27.

²⁸ Id.:32.

²⁹ Id.: 64.

³⁰ Id.: 76.

³¹ Id.:85.

condicen con la actividad científica. Un texto que debiera estar confinado a los anaqueles de un museo, como una mera curiosidad, pero que, por el contrario, se reimprime, circula y se enseña hasta el día de hoy en las escuelas. Una obra nada ingenua que fue usada como referente historiográfico por la mayoría de los intelectuales en las décadas siguientes.

2. DE VUELTA A LA TIERRA: EL RUPTURISMO DE LIPSCHUTZ, FARON Y STUHLIK.

Durante la mayor parte del siglo XX, digamos entre 1920 y 1970, los intelectuales guardaron un ominoso silencio frente al problema que presenta la integración forzada del mapuche al Estado y a la sociedad chilena. Muchos se conformaron con las tipologías reduccionistas acuñadas por Ricardo Latcham quien, además de insistir en los planteamientos racistas de Encina, insistió en su tesis de que los mapuches eran invasores en estas tierras. “Este pueblo era intruso en la región”, señaló Latcham en su *Prehistoria* al referirse a los habitantes de la Araucanía, “era de diferente origen y linaje de los demás habitantes del país y su estadía en esta había sido relativamente corta cuando llegaron los españoles. Venidos de las Pampas argentinas, donde llevaban la vida de cazadores nómades, vistiéndose de pieles y habitando toldos de cueros de guanacos, a la manera de los patagones, esta gente de guerra ingresó por los pasos bajos de la región, posesionándose del valle de Cautín”³². El cotejo de estos datos, que el autor avaló con minuciosos estudios de las crónicas y registros documentales provenientes de la colonia, con aquellos que proporcionaban algunos autores argentinos -sobre el origen chileno de los indios de las Pampas- dejó a los mapuches en la difícil situación de no pertenecer a ninguna tierra, de ser meros invasores y, en consecuencia, ilegítimos dueños de los territorios que ocupaban al momento de la ‘Pacificación’³³. Por ejemplo, se puede citar el documento publicado en 1945 por la Secretaria de Trabajo y previsión del Consejo Agrario nacional bajo el título: *El Problema Indígena en la Argentina*. En este trabajo se afirmaba respecto de los habitantes de Neuquén, Limay y Río Negro: “Esta mezcla de razas provenía de invasiones guerreras y también migraciones pacíficas de los araucanos de Chile, que en procura de nuevas tierras y medios de vida, se expandían hacia el Este, a través de la Cordillera. Así se formó al norte del Río Negro una nueva raza que, entre otras cualidades, heredó de los araucanos su carácter indómito”³⁴.

La xenofobia, tan ajena a las tradiciones de ambos países que por décadas alentaron la inmigración de europeos pobres hacia las tierras australes, se volcaba en el plano académico contra sus habitantes originarios. Paradojal resulta que Ricardo Latcham, de origen británico, se sintiera más parte del Estado chileno que los mapuches. Otros textos, siguiendo la moda de la época, resaltaban la imagen guerrera y belicosa de los mapuches, mientras que a nivel de los manuales escolares se borraba paulatinamente la imagen del

³² Ricardo Latcham, *Prehistoria chilena*: 81. Estas expresiones encontraron eco en Emile Housse, *Une Epopee Indienne. Les Araucans du Chili* (Librairie Plon, Paris, 1939): 5.

³³ Ricardo Latcham, “Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI”, *Revista Chilena de Historia y Geografía* 62-65 (Santiago, 1929-1930).

³⁴ Consejo Agrario Nacional, Secretaria de Trabajo y Previsión, *El problema indígena en la Argentina* (Buenos Aires, 1945): 36.

mapuche contemporáneo para dejar en su lugar, el panteón militar del siglo XVI³⁵. Surgía así la odiosa distinción entre los hombres actuales y los antiguos, generando un cisma en la memoria que posteriormente fue consolidado con el cambio en el vocablo denominativo -de araucano a mapuche- y la introducción de nuevas expresiones lingüísticas: *reches* y *mapunches*³⁶.

No obstante, no todos los estudiosos siguieron la senda trazada por los historiadores que se situaban a sí mismos en el plano de la cultura 'superior'. Hubo excepciones. Una fue la poderosa voz del sabio Alejandro Lipschutz quien, desde mediados de la centuria y a través de diversos escritos relativos al mestizaje y a la comunidad indígena, demandó la formación de una República Federal que agrupara a chilenos y mapuches respetando la diversidad. En su relato sobre la *Pacificación* se refirió a esta como "una guerra tardía de conquista en miniatura", en la cual primó el asesinato, el pillaje y la mentira. "La guerra contra la Araucanía 'Independiente', la zona clásica de la resistencia indígena, comienza alrededor del año 1859"³⁷. Considerando que uno de los frutos más amargos de la 'Pacificación' para los mapuches fue su pérdida de territorios y el desmedro de la imagen social, el sabio insistía en destacar los efectos negativos de la transculturación, frente a la cual no había "otra defensa más que trabajar incansablemente a favor de una revalorización de los elementos culturales autóctonos indios"³⁸. Atento a la evolución negativa que asumían los estudiosos y especialistas hacia el mundo aborigen americano y chileno, manifestó abiertamente que "el indigenista no es sólo un científico que presta su interés a un complejo de problemas culturales, sino que es un participante activo en la reorganización de la vida de los pueblos autóctonos de las Américas, de acuerdo con sus tradiciones culturales propias"³⁹. Y luego escribió: "Para muchas gentes el indio americano ha desaparecido física y culturalmente. Y si el indio de veras todavía existe es, para esa mayoría de gentes, molesto, pariente pobre, haraposo, mugriento, reacio al trabajo, y borracho"⁴⁰. Interesado en establecer el 'indoamericanismo' como una nueva plataforma para la lucha política, Lipschutz lo definió como "la reivindicación de derechos económicos y culturales de ciertas agrupaciones sociales, en oposición a otras agrupaciones sociales, económica y políticamente más fuertes"⁴¹. Por sobre todo, a través de sus libros y conferencias, Lipschutz abogaba contra la discriminación y el desprecio que afloraba por doquier contra los aborígenes. Comentando favorablemente la obra escrita por Malinowski en la Melanesia, Lipschutz manifestaba contra los planteamientos que barbarizaban a los indígenas: "hay una profunda lógica, económica y moral, en las reglas, costumbres y

³⁵ Ricardo Latcham, "La capacidad guerrera de los araucanos, sus armas y métodos militares", *Revista Chilena de Historia y Geografía* 15 (Santiago, 1915); Celia Leyton Vidal, *Araucanía. Rostro de una raza altiva* (Temuco, 1945).

³⁶ Sobre estos puntos, ver la excelente discusión que elaboró Guillaume Boccara, "Etnogénesis mapuche: resistencia y reestructuración entre los indígenas del centro sur de Chile (siglos XVI-XVIII)", *Hispanic American Historical Review* 79: 3 (Duke University Press, 1999), pp. 425-461.

³⁷ Alejandro Lipschutz, *La comunidad indígena en América y en Chile* (Edit. Universitaria, 1956): 131.

³⁸ Alejandro Lipschutz, *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje* (Edit. Austral, 1963): 302.

³⁹ Alejandro Lipschutz, "El movimiento indigenista, y la reestructuración cultural americana", *América Indígena* XIII: 4: 277.

⁴⁰ Id.:278.

⁴¹ Alejandro Lipschutz, *Indoamericanismo y raza india* (2da edic. Edit. Nascimento, Santiago, 1944): 127.

creencias que rigen la vida privada y pública de esos ‘primitivos’ en todos sus más mínimos detalles”. Pero los Manifiestos, llamados y propuestas de Lipschutz fueron convenientemente, interpretados por los círculos académicos nacionales como una expresión ideológica más que como un razonamiento científico sobre la realidad étnica de Chile. Sin embargo, su demanda no cayó en el silencio, pues su trabajo pronto encontró serios y acuciosos seguidores.

Uno de ellos fue el destacado antropólogo norteamericano John M. Cooper, quien escribió una sobresaliente etnografía de los mapuches históricos que aún permanece sin traducir⁴². Aún fascinado con los araucanos de la epopeya, Cooper escribió: “El último levantamiento de los Araucanos comenzó en 1880, y terminó con su pacificación definitiva en 1882-1883”⁴³. Refiriéndose a los cambios que sufrieron a consecuencia de la penetración de los chilenos y argentinos hacia sus tierras, Cooper señalaba: “Desde mediados hasta fines del siglo pasado, han ocurrido grandes bajas en la población nativa desde el río Bío-Bío hasta el Canal del Chacao, a causa de las guerras, conflictos, epidemias de viruelas y cólera y, aparentemente, del alcoholismo. Desde comienzos de la presente centuria, sin embargo, la población araucana de Chile parece estar creciendo constantemente”. Sobre este punto, que los autores nacionales insistían en ignorar, vale recordar que la población mapuche asentada en el *Gulu Mapu* había subido de 74.741 personas registradas en 1907, a 91.286 encuestadas en el Censo de 1930, para casi doblar al llegar a 1950; un notable incremento de casi un 30 por ciento, con una tasa de crecimiento anual de más de un dos por ciento⁴⁴. Paul Radin, también reconocido en su época como un especialista de primera línea en el estudio de los pueblos aborígenes de América, tuvo palabras de admiración hacia los mapuches. “Es impresionante su capacidad para ajustar lo viejo a lo nuevo, por hacer que lo antiguo funcione por el mayor tiempo posible, y esa habilidad para fundir inteligentemente ambos elementos, lo que los ha mantenido como una minoría vigorosa y viril en Chile. Todo esto hace pensar que, dentro del futuro cercano, los araucanos serán nuevamente ellos mismos”⁴⁵.

Otro autor extranjero que dedicó su atención a los mapuches fue el antropólogo norteamericano Louis Faron. Después de varios años de trabajo de campo en las reducciones mapuches de la provincia de Cautín, Faron escribió *Mapuche Social Structure. Institutional Reintegration in a Patrilineal Society of Central Chile*, una obra dedicada a hacer un diagnóstico ‘contemporáneo de los habitantes de la Araucanía’⁴⁶. Lo primero que le llamó la atención fue el confinamiento territorial de los antiguos araucanos y su subordinación al estado chileno. “Aunque fueron guerreros por siglos”, escribió Faron, “los

⁴² John M. Cooper, “The Araucanians”, *Handbook of South American Indians*, Smithsonian Institute, Bureau of American Ethnology (Washington, 1946): Vol. 2, pp 687-760. La misma colección contenía el clásico trabajo de Salvador Canals Frau, “The expansion of the Araucanians”; el mismo autor publicó *Las poblaciones indígenas de la Argentina* (Buenos Aires, 1953), en el cual dedicó sendos capítulos a los aborígenes ‘araucanizados’.

⁴³ Cooper. 696.

⁴⁴ Jorge Pinto Rodríguez, “La población de la Araucanía en el siglo XX”, *Informe Final Proyecto Fondecyt 1020289* (Santiago, 2006).

⁴⁵ Paul Radin, *Indians of South America* (Doubleday & Co., New York, 1946): 220.

⁴⁶ Louis C. Faron, *Mapuche Social Structure. Institutional Reintegration in a Patrilineal Society of Central Chile* (Illinois Studies in Anthropology, 1961).

Mapuche han vivido asentados por generaciones en numerosas reservas bajo condiciones que han producido una significativa reintegración de sus instituciones sociales. Mientras son distintos, social y culturalmente, de los campesinos chilenos que ocupan las tierras aledañas, los mapuche sin embargo constituyen una unidad administrativa del gobierno chileno y han pasado a ser parte de la esfera de influencia de la economía chilena. Ellos no son, en consecuencia, aborígenes ni aislados. Los mapuches tienen un status colonial y serán analizados, a través de este libro, dentro del contexto del colonialismo⁴⁷. Con este planteamiento, que desafiaba el concepto de integración nacional y extinción del pueblo mapuche que subyacía al discurso historiográfico sentado por Encina, Faron inició una aventura fascinante: “estudiar como la sociedad Mapuche se mantiene a sí misma como una entidad diferenciada en un contexto colonial”.

La *Pacificación*, en opinión de Faron, fue el momento traumático en que los mapuches se vieron forzados a enfrentar la nueva historia cambiando, modificando y adaptando sus modos de vida ancestrales. “Los cambios estructurales mayores ocurrieron hace ya algunas generaciones, como el resultado inicial de la adaptación a la vida en reservas...la sociedad mapuche contemporánea es entendible, no como el delgado reflejo de la sociedad aborígen original o como una sociedad moribunda, transicional, sino como una sociedad en una fase de relativa estabilidad en el proceso de evolución de sus instituciones sociales”. “Después de 1866, los colonos blancos ejercieron una enorme presión contra los Mapuche. Grandes trozos de tierras fueron arrebatados a lo largo del río Bío-Bío, en la costa al sur de Concepción, y en una vasta área al norte y sur de Valdivia. Los mapuches respondieron con la gran rebelión de 1869-1870, durante la cual fueron derrotados y su población dispersada y alterada. La paz se mantuvo por menos de una década. La rebelión masiva y final de los Mapuche tuvo lugar en 1880 y duró dos años. De nuevo, se estableció la paz, pero los mapuche perdieron su poder militar y su autonomía política⁴⁸. Pero la derrota fue momentánea. Durante las décadas siguientes, una vez que el proceso de radicación tuvo lugar y se consolidaron las reservas, los mapuches crecieron demográficamente y comenzaron a adaptar sus instituciones -sociales, políticas e ideológicas- a la nueva situación de predominio estatal. Durante ese período, escribió Faron, “los Mapuche miran a los chilenos con desconfianza, sospechando que muchos de ellos practican la hechicería para conseguir sus propósitos. Cuando no es así, los ven como comerciantes inescrupulosos y ladrones de tierras que son injustamente protegidos por la Ley. A su vez, los chilenos consideran a los mapuches como ignorantes, veleidosos y flojos”.

En síntesis, en opinión de Faron, la *Pacificación* se transformó en una fase traumática en la historia mapuche –estableciendo un antes y un después-, dio inicio a un fenómeno generalizado de pauperización y sentó las bases de un conflicto aun sin solución. “La mayor parte de las tierras mapuches”, escribió Faron a comienzos de la década de 1960, “se han perdido, ya sea a través de complicadas negociaciones legales o bien debido a la usurpación”. Con todo, a pesar del ambiente fatalista que prevalecía en aquellos días en los círculos académicos respecto de la suerte que correrían los pueblos indígenas bajo el impacto de la modernidad y de la incipiente globalización, Faron asumió una actitud más

⁴⁷ Id.: XI.

⁴⁸ Id: 11.

positiva. “Expuestos a las fuerzas catastróficas de la guerra, los mapuche las soportaron por siglos. La derrota final y la Pacificación les acarrearón nuevas modificaciones estructurales cuando se vieron obligados a asentarse en pequeños trozos de tierra en una región que ellos recorrieron una vez libremente. Durante el período de reservaciones ha habido muchos cambios pero no un quiebre....excepto cuando la ‘obliteración’ de las comunidades ha ocurrido a causa de la venta o usurpación de las tierras comunales”⁴⁹. Como un mensaje que contradecía las tendencias de la época y que, eventualmente, resultaron ser muy valederas, Faron escribió las siguientes palabras: “No deseo terminar con la nota fácil de que la sociedad mapuche se está quebrando, desapareciendo, desintegrándose o siendo absorbida por la sociedad chilena...futuros cambios en la estructura social mapuche serán el resultado de la vieja lucha por la Tierra. Yo dudo en predecir el saldo de los aspectos políticos de esa lucha, mucho más predecir sus consecuencias sociales”.

En otra de sus obras, *The Mapuche Indians of Chile*, Faron fue aún más asertivo al describir el fracaso de los planes integracionistas y de asimilación que subyacían a las políticas del estado chileno. “Un cuarto de millón o más mapuche”, escribió, “conservadores y recalcitrantes, continúan planteando un gran problema de asimilación al gobierno chileno. A nivel regional, en el plano de las relaciones sociales, ha habido un largo conflicto entre los chilenos blancos y los mapuche asentados en comunidades....el antagonismo es agravado por el hecho de que las reservas mapuche ocupan algunas de las mejores tierras para la agricultura y el pasturaje, tierras que son codiciadas por los colonos blancos, quienes se quejan de que las ‘reservas’ les rodean como un ‘círculo de hierro’, aniquilando su potencial expansivo”⁵⁰. Recapitulando sobre el rol que jugaron las reservas indígenas en la sobre vivencia del modo de vida mapuche, el autor declaró: “El sistema de reservas proporciona un contexto más bien estable en el cual los Mapuche tienen la oportunidad de elegir, como lo hacen muchas otras sociedades, los medios más efectivos para preservar su identidad”⁵¹. Finalmente, en su trabajo sobre la moral y los rituales mapuches, Faron reafirmó, una vez más, su diagnóstico inicial sobre la sociedad mapuche de la post-Pacificación: “A pesar de estas fuerzas sociales destructoras –despojo de tierras, derrota militar, transformaciones económicas significativas- los mapuches han conservado en gran medida su integridad cultural y social. Por el contrario, estas fuerzas no solo han conseguido hacer desaparecer su vida tradicional, sino que su efecto ha sido más bien, el unir a la sociedad mapuche en una estructura más compleja que la que existía en la época anterior a las reservas”⁵². En otras palabras, cuando desde las cátedras universitarias se predicaba el fin de las sociedades aborígenes, Faron anunciaba el renacimiento de los mapuches, convertidos en verdaderos fénix del *Finis Tèrrea Australis*. Los *halcones del sol*, como les llamó tan bellamente, no se habían extinguido ni habían desaparecido.

Apenas unos años más tarde, entre 1968 y 1970, cuando aún resonaban las palabras de Faron, el joven antropólogo checo Milan Stuchlik iniciaba su trabajo de campo en tres

⁴⁹ Id.:225

⁵⁰ Louis C. Faron, *The Mapuche Indians of Chile* (Holt, Rinehart and Winston, 1968): 14.

⁵¹ Id. 108.

⁵² Louis C. Faron, *Antupaiñamko. Moral y ritual Mapuche* (Edit., Nuevo Extremo 1997): 7. Este libro fue publicado en inglés en 1964. La traducción al español la realizó el profesor Rolf Foerster.

comunidades mapuches situadas al norte de Temuco. Atento al estudio de los sistemas de intercambios que se establecen entre los mapuches tanto en sus referencias situacionales como relacionales, Stuchlik dejó momentáneamente de lado los “problemas que plantea la posición que ocupan los mapuches en Chile, sus contactos con la sociedad chilena, y las relaciones concretas entre mapuches y chilenos...”, para analizar en profundidad, y mirando hacia adentro, las estructuras sociales mapuches⁵³. Al igual que Faron, Stuchlik estableció un quiebre entre la sociedad mapuche tradicional y la post reduccional. Quiebre que, en su obra, también adquiere los rasgos de una catástrofe. Describiendo someramente el proceso de resistencia mapuche durante gran parte del siglo XIX, el autor señala que “los mapuches fueron derrotados finalmente en 1883, con lo que concluyó la Conquista, iniciada en 1536”⁵⁴. Y luego agregó: “El gobierno comenzó a crear numerosas reducciones de limitadas proporciones y a establecer en ellas a pequeños grupos, nuevamente basados en el parentesco. El resto del territorio fue vendido a colonos chilenos y toda la zona de la Frontera pasó a formar parte de la estructura definitiva del Estado chileno”. Estructuralmente y en su cohesión interna, señala Stuchlik, los mapuches salieron debilitados a causa de la ocupación chilena. No solo había disminuido la influencia del *lonko* en los procesos de integración social, sino que también- con la introducción del trigo, las herramientas de hierro y el cultivo de pequeñas porciones de terreno- habían desaparecido las condiciones materiales que en los tiempos pre reduccionales imponían la necesidad del trabajo cooperativo. Las familias mapuches podían, por primera vez en su historia, producir sus propios alimentos sin acudir al resto de la comunidad. “La presión económica que mantenía al grupo como una entidad coordinada y colaboradora prácticamente desapareció”⁵⁵. El impacto de estos procesos fue dramático. “Los grupos tradicionales prácticamente desaparecieron como unidades político-administrativas, mientras la posición de los jefes pasó a ser puramente formal, y actualmente está en proceso de extinción”. Así, asumiendo una perspectiva diferente a Faron, el antropólogo checo postuló que, en el nuevo marco de desenvolvimiento social que impuso la ‘reducción’, los mapuches se vieron forzados a crear nuevas instituciones y forjar nuevas redes de interacción. “La estructura social tradicional se mantiene, en cierta medida, como modelo consciente, pero va perdiendo sentido gradualmente”⁵⁶. De otra parte, “la creación de las reducciones se tradujo en una profunda reestructuración de casi todas las relaciones inter personales e inter grupales”. De ese modo se transformaron los patrones tradicionales de tenencia y acceso a las tierras, variaron las condiciones socio-políticas -eliminación del *admapu* como regulador de las relaciones sociales, pérdida del vínculo grupal, aparición del mapuche como individuo- y se produjo el debilitamiento de los grupos corporados que cohesionaban a la sociedad mapuche. Por sobre todo, los viejos sistemas de filiación y vínculo social –basados, principalmente en la comunidad de la sangre- iban desapareciendo, para ser reemplazados por la *comunidad* que surge del título de merced otorgado por el Estado chileno. El grupo social comienza a ser definido en términos espaciales. El proceso, en todo caso, no era totalmente negativo pues a consecuencia de la territorialización provocada por los títulos de merced y el acomodo de los patrones

⁵³ Milan Stuchlik, *La vida en mediería. Mecanismos de reclutamiento social de los mapuches* (Soles Ediciones, 1996): 24. Versión en inglés: *Living on a half-share. Mechanisms of Social Recruitmen among the Mapuche of Southern Chile* (San Martin Press, New Cork, 1976).

⁵⁴ Id. : 28.

⁵⁵ Id.: 28

⁵⁶ Id.:30.

matrimoniales y de colaboración económica, surgía con fuerza la *comunidad*, una nueva y potente entidad político-ritual.

En otro escrito, de índole menos especializada y publicado en 1974, Stuchlik se adentró en un examen de los estereotipos formulados acerca de los mapuches, “tal como han existido en la sociedad chilena”⁵⁷. En su Introducción, Stuchlik realizaba un diagnóstico que, por su crudeza y claridad, aún sorprende: “Me parece que en el acercamiento chileno hacia los Mapuche hay demasiado etnocentrismo, que se expresa sobre todo en la imposición de estereotipos sobre la realidad, en el interés por la cultura Mapuche sólo desde el punto de vista de su asimilación más rápida y efectiva a la cultura chilena...”. Describiendo el proceso de ‘Pacificación’, el autor señala que ésta tuvo lugar después de la rebelión de 1880-1882, hecho histórico que el Estado chileno calificó como una “traición”. Respecto de la ocupación estatal de los territorios mapuches, Stuchlik describió los efectos de la política de reducciones, hijuelación y confinamiento forzado de los mapuches con palabras que no llamaban a interpretaciones equivocadas: “esta medida tuvo dos consecuencias básicas: cada grupo obtuvo un terreno considerablemente menor del que ocupaba tradicionalmente y fue sedentarizado en un lugar determinado, sin posibilidades de moverse o trasladarse”⁵⁸. Socialmente se modificaba el patrón de vida tradicional de los mapuches al mismo tiempo que, con la transformación de los mapuches en ‘ciudadanos chilenos’, se debilitaba la autoridad de los longos, se mermaban los sistemas de integración social y se obstaculizaba la reproducción cultural de la sociedad. “Naturalmente, estas graves consecuencias de la pacificación no aparecieron en forma inmediata”, escribió Stuchlik. Fue en la segunda o tercera generación cuando se comenzaron a observar sus efectos catastróficos. “pudiéramos afirmar que las características básicas de este proceso son la desintegración gradual de grupos tradicionales y el crecimiento de la importancia de las familias individuales”. En una palabra, se producía entre los mapuches el paulatino oscurecimiento de la noción de lo ‘nacional’, concepto-fuerza que durante más de cuatro siglos fue uno de los principales motores de las alianzas pan tribales y de la resistencia contra los *huincas*. Al final, como un modo de explicar la pobreza evidente en que comenzaron a vivir los mapuches, y al mismo tiempo, justificar la ‘Pacificación’, se comenzó a gestar y generalizar la imagen del mapuche como “indio flojo y borracho”, responsable en última instancia de su aciago destino. “La imagen básica de los Mapuche en la cultura chilena no ha cambiado mucho”, escribió Stuchlik, “siguen siendo considerados como una población salvaje, ignorante, floja, borracha, etc.”⁵⁹. Y luego señaló: “La imagen Mapuche, es un modelo construido por los chilenos, no para describir o comprender la cultura Mapuche, sino para fundamentar y justificar las actitudes que tienen hacia ellos”⁶⁰.

La mirada desplegada por Faron y Stuchlik procuró modificar la percepción que se tenía de los mapuches en Chile como un pueblo degenerado o en vías de extinción. No solo advertían a la comunidad científica que los habitantes de Araucanía eran dignos de estudios antropológicos, -un hecho hasta allí no asumido por los académicos, quienes insistieron en

⁵⁷ Stuchlik, Rasgos de la sociedad mapuche, Ob. Cit.: 12.

⁵⁸ Id. 23.

⁵⁹ Id.:46.

⁶⁰ Id.:50

omitir de sus estudios a los mapuches a pesar de su magnitud, persistencia en el tiempo y rasgos únicos- sino que también se reconoció que las políticas de paulatina integración desarrolladas e implementadas por el Estado-nación habían fallado. Más de 300.000 personas, pertenecientes a una cultura que se suponía extinguida, lucían con orgullo todos aquellos elementos que la ‘civilización’ chilena había intentando extirpar: patrones residenciales, sistemas de parentesco, idioma, vestuarios y creencias. A nivel doméstico, los chilenos debían conformarse con un hecho irrefutable: al sur de Chile todavía quedaban ‘indios’ araucanos, si bien ahora ya no se les denominaba con el etnónimo implantado por los invasores, sino con el vocablo que tenía su origen en la Tierra: *mapuches*.

3. LOS MAPUCHES Y EL SILENCIO REVOLUCIONARIO⁶¹.

La existencia de los mapuches continuó pasando inadvertida, a pesar del esfuerzo que hicieron Lipschutz, Faron y Stuchlik por restablecerlos en la memoria y el relato histórico nacional. De héroes de la epopeya se transformaron en extraños en su propio país. Esta situación contrastaba notablemente con Argentina donde, durante la década de 1960, comenzaron a aparecer diversas obras dedicadas al estudio de los ‘araucanos’, generando una renovación de los viejos conceptos historiográficos. Si bien se ha deseado mantener en este trabajo la atención centrada en Chile, no se puede dejar sin mencionar las obras de Antonio Serrano, Rodolfo Casamiquela, Luis Franco, Dionisio Schoo Lastra quienes, desde diversos ángulos y visiones, lograron revitalizar el interés social sobre la suerte que corrieron los antiguos habitantes del ‘Desierto’⁶².

En Chile, no fueron historiadores sino abogados, sociólogos y antropólogos quienes comenzaron a rasgar el grueso velo de silencio que comenzó a cubrir el desenvolvimiento de los mapuches en el mundo moderno. Por sobre todo, se trataba de replantear aquellas viejas imágenes y concepciones que desterraban a los mapuches al mundo de los excluidos. “No es difícil percibir que la relativamente bien lograda integración valorativa nacional de los grupos de origen europeo”, escribió Wilson Cantoni en 1972, “tuvo como una de sus contrapartidas históricas el rechazo y la exclusión de la raza y de la cultura mapuche”⁶³. Económicamente, señalaba Cantoni, el proceso de ‘Pacificación’ y radicación, sumados a las prohibiciones de venta de tierras indígenas, había transformado al mapuche en un sujeto dependiente, empobrecido, apenas protegido por el sistema de reservas “contra la pérdida de sus terrenos y el descenso a la posición de campesino sin tierra”. Y luego agregaba una terminología que predominaría en las discusiones de aquel tiempo: “La segregación del

⁶¹ En este acápite, recomendamos la lectura de Elisabeth Prudent, “Una izquierda mestiza? La difícil relación de la izquierda chilena con el indígena, 1933-1947”, *Revista de Historia social y de las Mentalidades* IX, Vol. 2, 2005): 85-106. Además, la obra que hemos comentado al comienzo, del profesor Augusto Samaniego.

⁶² Antonio Serrano, *Los aborígenes argentinos. Síntesis etnográfica* (Edit. Nova, Buenos Aires, 1947); Rodolfo Casamiquela, *Estudio del Nillatun y la religión araucana* (Bahía Blanca, 1964); “Informe de la Comisión de Lingüística y Toponimia”, presentado en el *Primer Congreso del Area Araucana Argentina* (Buenos Aires, 1963); Luis Franco, *Los grandes caciques de las Pampas* (Buenos Aires, 1967); Bernardo González Arrili, *Los indios pampas* (Buenos Aires, 1960); Dionisio Schoo Lastra, *El indio del Desierto* (Buenos Aires, 1957). La primera edición de este notable trabajo se remonta a 1928.

⁶³ Wilson Cantoni, *Fundamentos para una política cultural mapuche* (CERER, Santiago, 1972): 74.

mapuche en las reducciones lo condenaba históricamente a la minifundización y a las relaciones expoliativas de mercado”. También asomaba en su planteamiento un concepto hasta allí ignorado: “Después de ser radicado en reducciones, el mapuche continuó manteniendo una organización social y una cultura que le diferenciaban claramente como minoría nacional”⁶⁴.

Desde el ángulo jurídico también surgieron voces que expresaron su preocupación por la situación de los mapuches. Hugo Ormeño y Jorge Osses, en un interesante trabajo sobre la legislación indígena en Chile manifestaban que la preocupación legalista se debatió, principalmente, en el interés “por delimitar las tierras que conservarían los nativos y aquellas que pasarían al Estado en virtud del derecho de dominio inmanente que éste ejerce en los territorios conquistados”⁶⁵. En los años previos a esta publicación, el historiador Alvaro Jara- conocido como un especialista en el período colonial- realizó un estudio profundo de la legislación indigenista en Chile. Describiendo el proceso de ocupación de las tierras mapuches como ‘un avance militar’, Jara señalaba en su obra que la consumación de la ‘Pacificación’ se produjo como un movimiento de tenazas que tuvo lugar desde Concepción y Valdivia, además de la utilización “tanto de la colonización de nacionales como extranjeros...población interesada en que el indio quedase sometido en definitiva”⁶⁶. Y luego agregaba: “El esfuerzo legislativo tendía a armonizar el desmesurado apetito de tierras de ciertos círculos nacionales con las necesidades vitales mínimas de los indígenas”. El propio Jara escribió una obra que se transformaría en un clásico de la historiografía chilena: *Guerra y Sociedad en Chile*⁶⁷. Este trabajo, que fue dado a conocer primero en su versión francesa en 1961, significaba una re -interpretación del desarrollo de la política indígena del estado español en la región, siguiendo muy de cerca los pasos dados ya en esa dirección por Néstor Meza⁶⁸. “El indio”, escribió Jara, fue la fuerza de trabajo y aunque se ha pretendido revestir la colonización española bajo los rasgos de un suavizado paternalismo, es ésta una posición difícil de defender frente al total de documentos de la época”⁶⁹. Ambos autores innovaban en la forma de conceptualizar lo ‘indígena’, dirigiendo su atención tanto en la consideración que tuvo la corona española hacia sus condiciones de vida como en la influencia que tuvo su resistencia militar sobre el diseño general de la política estatal. Se alejaban, en ese sentido, del concepto despectivo y prejuicioso que utilizaba Sergio Villalobos para referirse a las “batallas campales, los asaltos y las griterías de los araucanos”⁷⁰. Por supuesto, en tanto que los escritos de Meza y Jara se concentraban en el período temprano de la Colonia, era dificultoso extraer conclusiones para el presente. Invariablemente, desde la historiografía se continuaba perpetuando el confinamiento del pueblo mapuche hacia las profundidades del pasado, negándose su protagonismo histórico más actual.

⁶⁴ Cantoni: 83.

⁶⁵ Hugo Ormeño y Jorge Osses, “Nueva Legislación sobre indígenas en Chile”, *Cuadernos de la Realidad Nacional* 2 (Santiago, 1972): 17.

⁶⁶ Alvaro Jara, *Legislación indigenista de Chile* (Instituto Indigenista Inter Americano, México, 1956): 16.

⁶⁷ Alvaro Jara, *Guerra y sociedad en Chile* (Edit. Universitaria, Santiago, 1971).

⁶⁸ Néstor Meza Villalobos, *La política indígena en los orígenes de la sociedad chilena* (Santiago, 1959).

⁶⁹ Álvaro Jara, *Guerra y sociedad*: 41.

⁷⁰ Sergio Villalobos, *Tradición y Reforma en 1810* (Edit. Universitaria, Santiago, 1961): 28.

La sociología, la antropología y la ciencia política, introdujeron nuevos conceptos para entender el posicionamiento de los mapuches en la sociedad chilena. Conceptos hasta allí desconocidos -minoría nacional, integración, exclusión- comenzaron a ser usados en la representación de los mapuches. Vocablos que denotaban un progreso frente a los descalificativos usados previamente. Políticamente, sin embargo, las innovaciones que se introdujeron en el relato historiográfico no cambiaron las percepciones globales ni consiguieron instalar el tema mapuche en la agenda de la época. El programa de la Unidad Popular, el sector político más cercano a las demandas de los excluidos, no incorporó en sus medidas revolucionarias ninguna que tuviese relación con los mapuches. “En materia educacional”, señalaba en el punto decimonoveno de su Programa en relación a la Reforma Agraria, “se desarrollará una política general a través de programas de alfabetización de adultos, publicación de libros, periódicos y programas radiales para campesinos, cursos de tecnología agropecuaria de acuerdo a los planes productivos de la región. Al mismo tiempo, se fomentará el teatro, el arte y otras actividades culturales que permitan el desarrollo de la personalidad de las comunidades campesinas”⁷¹. Para un lector actual sorprende, de una parte, la lista de actividades dirigidas a reforzar la aculturación de los sectores marginales; también sorprende la ausencia de referencias a las poblaciones originarias y, en particular, a la mapuche, que en esos mismos días se debatía en un estado de pobreza extrema, minifundismo y exclusión. Solamente en el *Punto Noveno del Programa* que venimos comentando se registra una referencia a los indígenas: “La asistencia técnica al campesinado será gratuita y habrá planes especiales de crédito, asistencia técnica y capacitación para los grupos más postergados, especialmente las comunidades indígenas”⁷². Al hacer un recuento de los sujetos que serían beneficiados por la Reforma Agraria, el mismo documento enlistaba a “medianos y pequeños agricultores, minifundistas, empleados, medieros y campesinos”, sin nombrar, específicamente a los mapuches. Por supuesto, desde un punto de vista económico y laboral, los mapuches seguramente estaban englobados por cada una de esas categorías; universalmente, eran comprendidos por el concepto de campesinado. Lo que se notaba era la ausencia de una referencia étnica. Chile, bajo el gobierno del proletariado, prometía seguir siendo un Estado con una sola nación.

No es accidental ni inesperado que el gobierno popular haya omitido de su ideario y de su proyecto político cualquier referencia explícita a los mapuches. Tampoco este hecho pasó desapercibido a los estudiosos más suspicaces. “Dentro de la política contemporánea de la Reforma Agraria”, escribió Stuchlik en esos años, “no existe ningún programa claramente definido para el desarrollo de la sociedad Mapuche; el problema Mapuche está visto como una parte bastante marginal del problema global del campesinado, con soluciones que incluyen el principio de la aculturación”⁷³. El Gobierno Popular solamente seguía la tendencia de la época, marcada por los grandes ensayistas revolucionarios y reformistas que, basándose principalmente en los autores de comienzos del siglo XX, no modificaban sustancialmente los planteamientos minimalistas que sentó en la sociedad chilena el relato historiográfico. Aníbal Pinto, en su influyente reflexión sobre las frustraciones que experimentaba de modo cíclico el modelo chileno de crecimiento, no

⁷¹ *Programa de la Unidad Popular*. Los 20 puntos Básicos de la Reforma Agraria.

⁷² Id. Punto Noveno.

⁷³ Stuchlik, Rasgos de la sociedad Mapuche, Ob. Cit: 78.

dedicó ni siquiera una página a la ‘cuestión mapuche’, a pesar de hacer una revisión detallada del período en que tuvo lugar la *Pacificación*⁷⁴. Centrada su atención en el fenómeno salitrero, el movimiento de las exportaciones y los atisbos de la temprana industrialización, Pinto ignoró el impacto que tuvo la apropiación de los territorios araucanos -que rápidamente se transformaron en productores de trigo, madera y minerales,- y descartó la incidencia de la población mapuche en la gestación de nuevos mercados internos. Para uno de los ensayistas más influyentes del siglo XX, los mapuches simplemente no existieron ni fueron significativos en la evolución económico industrial del país. La captura de varios millones de hectáreas no modificaron los guarismos de su visión.

Jacques Chonchol, el destacado economista que se convirtió en el mayor impulsor de la Reforma Agraria durante el gobierno del doctor Salvador Allende, se refirió extensamente a los beneficios que generaría el proceso para el campesinado -acceso a la tierra, al crédito y a la tecnología, progreso material y cultural-, pero fue tímido al momento de referirse a los mapuches. Se limitó a describirlos como minifundistas⁷⁵. No obstante, la misma evidencia que revisaba Chonchol para elaborar su visión demostraba que el movimiento social mapuche estaba más que presente en la historia de su época. Refiriéndose a la aspiración generalizada de los campesinos “de poseer su pedazo de tierra”, señalaba que para las comunidades indígenas este proceso “revestía un carácter de recuperación o reivindicación”. Luego señalaba: “Esto es un aspecto bastante curioso. Un reciente estudio del movimiento campesino chileno muestra que este anhelo de propiedad se arraiga en el indígena con un sentido especial de la recuperación de la tierra ancestral. Su situación actual la derivan del robo de sus tierras que se inició con el español en la Conquista, continuó en la Colonia y prosiguió con el criollo desde la Independencia. Interesante, desde esta perspectiva, es la relación estudiada que demuestra que la mayor parte de la ‘toma’ de tierras en Chile ha estado asociada con comunidades indígenas motivadas por estos sentimientos”⁷⁶. Cuesta entender, hoy día, que tenía de curioso el evento descrito por Chonchol. Sorprende aún más que, el principal encargado de la Reforma Agraria en Chile, tuviese tan poco conocimiento de la realidad indígena y que prestara tan poca atención a la situación de creciente pauperismo en que se encontraba un importante segmento de la población rural chilena.

José Cademartori, prestigioso intelectual de la época y de gran influencia en el Gobierno Popular, se refirió al proceso de *Pacificación* como el “término de la Guerra de Arauco”, cuyo saldo fue la constitución de la propiedad privada de la tierra a través de la usurpación, la compra fraudulenta y los contratos ficticios⁷⁷. “Muchos usurpadores comenzaron por ocupar grandes extensiones de tierras, arrancándoselas a los indígenas con su ‘consentimiento’, es decir, bajo el presunto título de arrendamiento”⁷⁸. Sin mencionar específicamente a los mapuches, el autor manifestaba: “La gran propiedad agraria [en Chile] se genera sobre la base de la usurpación de los terrenos comunales de los indios; la expropiación de campesinos arruinados o endeudados, la apropiación de tierras obligando a

⁷⁴ Anibal Pinto, *Chile. Un caso de desarrollo frustrado* (Edit. Universitaria, 1962).

⁷⁵ Jacques Chonchol, “Poder y Reforma Agraria en la experiencia chilena”, en Anibal Pinto et al, *Chile, Hoy* (Edit. Siglo 21, 1970): 278.

⁷⁶ Id.: 288.

⁷⁷ José Cademartori, *La economía chilena* (Edit. Universitaria, 2ª. Edición, 1971): 49 y 74.

⁷⁸ Id.: 49.

los campesinos al pago de un arriendo; y mediante el aprovechamiento del poder del Estado para otorgar concesiones”⁷⁹. El saldo histórico fue resumido por Cademartori con una frase corta y concisa: “Con sus características especiales, los mapuches sufren hoy los problemas de los campesinos pobres del país”. Nuevamente, un intelectual de izquierda, promovía la fusión del pueblo mapuche con la amplia masa de inquilinos, afuerinos y labradores empobrecidos, produciendo una infausta ‘invisibilización’ étnica. El problema mapuche residía en una forma económica –el minifundismo- no en su condición colonial.

Carlos Hurtado Ruiz Tagle, otro conocido ensayista de la época, en su valioso estudio sobre demografía y desarrollo económico, se refirió con términos más bien eufemísticos al proceso de expansión estatal sobre la Araucanía. “la región de la frontera, tradicionalmente ocupada por los araucanos, terminó de ser pacificada entre 1860 y 1900. Guardando las proporciones, la incorporación de esta región a la vida productiva del país se asemeja en algunos aspectos a la incorporación del oeste estadounidense. Como él, esta región era apropiada para cosechar trigo y criar ganado; su incorporación fue obstruida por guerras con la población nativa; los inmigrantes tuvieron un papel importante en su colonización, su integración final fue consolidada por el desarrollo del ferrocarril”⁸⁰. Las comparaciones y analogías hechas por Hurtado, además de su enfoque centrado solamente en la cuestión económica, son buenos elementos para hacer un diagnóstico del pensamiento político social de la época. Inspirados por el desarrollismo e interesados en promover grandes reformas estructurales al sistema de vida, los intelectuales más agudos no permitían que su análisis ‘técnico’ fuese infiltrado por consideraciones éticas ni morales. Poco importaba la suerte de los mapuches -los nativos- que, a consecuencia del ‘blanqueado proceso de incorporación’ quedaron sometidos a una situación colonial interna.

Finalmente, debemos mencionar a Gustavo Canihuante, autor de uno de los más lúcidos y didácticos ensayos sobre la naturaleza de la “revolución chilena”. De origen mapuche y educado como seminarista, Canihuante se transformó durante los años 1970-1973 en uno de los más prolíficos ensayistas, registrando sus obras record de venta en esa época. Si bien se refirió a “la explosión de las demandas campesinas” en el marco de la Reforma Agraria, Canihuante tampoco consideró a los mapuches como una entidad nacional que requería soluciones específicas para sus peticiones históricas⁸¹. Incluso al referirse a la movilización popular y el papel de los organismos de masas, Canihuante examinó a los diversos actores sociales populares –obreros industriales, campesinado, capas medias, mujeres y sector juvenil- pero no hizo alusión a los mapuches. Solamente se limitó a decir que en el campesinado “el panorama es por demás complejo y difícil...hay quienes son partidarios de los antiguos patrones, los que son fervorosos partidarios del freísmo, los que participan de la UP y los que han sido conquistados por las posiciones más radicales del movimiento popular”⁸². En fin, una taxonomía política coyuntural que no aceptaba calificaciones étnicas. “La revolución chilena”, escribió más adelante, “ha sido largamente gestada en el vientre de la historia por obra y gracia de la lucha obrera. Encierra, por lo

⁷⁹ Id: 75.

⁸⁰ Carlos Hurtado Ruiz Tagle, *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno* (Santiago, 1972): 68.

⁸¹ Gustavo Canihuante, *La revolución chilena* (Edit. Popular Nascimento, 1971): 117.

⁸² Id: 210. Estos conceptos son reiterados en G. Canihuante, *La Realidad chilena y el actual proceso de cambio* (Edit. Nascimento, 1971): 83.

tanto, muchos sufrimientos, muchas muertes y batallas perdidas”⁸³. Entre esas desgracias y pesares, quizás se contaban también los avatares de la nación mapuche.

Solamente el sociólogo Alejandro Saavedra, en su obra sobre *La Cuestión Mapuche* publicada por ICIRA en 1971, se aproximó al tema de la condición subalterna y de empobrecimiento de las agrupaciones mapuches” en el período post reduccional. Interesado en promover una reconceptualización de las ‘subculturas étnicas’, manifestó respecto de las imágenes y representaciones del mapuche: “la mayoría de los chilenos define comúnmente al mapuche como una raza distinta, rodeándola de diferentes estereotipos, tanto positivos como negativos: es una raza altiva, valerosa, que ama la independencia; es una raza atrasada, con escaso desarrollo mental, floja. Se define al mapuche como ‘indio’ o como ‘indígena, asignándole supuestos valores de salvajismo, inmoralidad, suciedad, etc. Y estas supuestas diferencias se legitiman en términos raciales. En resumen, el mapuche es definido corrientemente en términos extra-sociales y eso tiene una consecuencia inmediata: las características que se le atribuyen, para bien o para mal, son más bien permanentes e inmutables que sujetas a cambio. He ahí un importante recurso para legitimar las relaciones que otros grupos mantienen con ellos”⁸⁴. Los acertados planteamientos de Saavedra daban cuenta de la evolución de una tradición racista que se enquistó en el imaginario nacional por la influencia del sistema educacional que –debemos decirlo- se nutrió de modo preponderante en Encina. Sin embargo, el mismo autor se entrampó en un nuevo esquema cuando intentó definir a los mapuches como sub etnias, en oposición al concepto de etnia que se usaría más tarde: “Pensamos que utilizar el concepto de ‘etnia’ para definir la actual población mapuche, puede llevar a equívocos en el sentido de pretender aislar rasgos culturales y no considerar a la población mapuche como formando parte de los sistemas sociales chilenos”. En otras palabras, el esfuerzo de Saavedra se inscribía en las tesis del mestizaje y de la integración nacional, tan de moda en la década del 70, que terminaban negando la existencia de pueblos y culturas autónomas queregonaba, desde otro ángulo aún más nefasto, el sistema educacional de la época.

La misma editorial, ICIRA, había publicado el año 1970 la polémica obra de Ricardo Donoso y Fanor Velasco, *La propiedad Austral*. Este libro fue originalmente impreso en 1928, pero por orden del Estado fue sacado de circulación. De acuerdo al decreto de prohibición, emitido ese mismo año, se trataba “de evitar que la obra de los señores Donoso y Velasco sea propagada a fin de impedir que con motivo de la aplicación de la Ley 4.310 hagan valer en contra del Fisco los documentos y antecedentes completos que se consignan en dicha obra”⁸⁵. ¿Qué podría tener de peligroso el contenido de una obra histórica? Más vale que Uds. lean el libro y lo averigüen directamente. Por el momento, en relación al tema que nos convoca, se puede decir que la obra de Donoso y Velasco no quebraba con la tradicional figura del indígena como un estorbo para la construcción del Estado-nación. Refiriéndose al proceso de ocupación de los territorios mapuches, ambos autores señalaron: “Una de las cuestiones más arduas que encaró el país durante el siglo pasado fue la relativa a la incorporación del territorio araucano al patrimonio de la República. Confinados en la extensa región que se extiende entre el Bío-Bío y el Toltén, los

⁸³ Id.:278.

⁸⁴ Alejandro Saavedra, *La Cuestión Mapuche* (Santiago, ICIRA, 1971): 18.

⁸⁵ Ricardo Donoso y Fanor Velasco, *La propiedad austral* (ICIRA, Santiago, 1970): 13.

araucanos se mantenían altivos y rebeldes, amenazando con sus frecuentes rebeliones la tranquilidad y la paz internas. Prósperas y florecientes las provincias del sur, Valdivia, Llanquihue y Chilóe, el territorio araucano se alzaba como una amenaza permanente y era un formidable obstáculo a la solución de continuidad del territorio de la República”⁸⁶. Estas expresiones parecían estar en contradicción con el análisis exhaustivo que hicieron ambos autores de los diversos fraudes cometidos por los particulares para apropiarse de las tierras de los mapuches, pero el concepto global se mantuvo cuando se refirieron al proceso de “sometimiento definitivo e los indígenas a las autoridades de la república. La elección recayó en don Cornelio Saavedra, a quien cupo la gloria de realizar la pacificación definitiva del territorio araucano.....”⁸⁷.

Más de medio siglo de investigación científica dejó el tema más o menos en el mismo lugar que lo situaron Navarro, Guevara y Encina durante los primeros años del siglo XX. La ausencia de una investigación historiográfica seria dio lugar para que los escasos avances que se dieron en el conocimiento de la realidad mapuche fuesen realizados por antropólogos extranjeros quienes, premunidos de un aparato conceptual funcional estructuralista, centraron su mirada en el acontecer actual de los mapuches. Sus logros fueron impresionantes pero omitieron un importante elemento de la ecuación: la historia. En ese sentido, sus estudios sincrónicos no permitieron develar el desarrollo y evolución en la larga duración de aquellos elementos que terminaron condenando a un pueblo rico y próspero, soberano y autónomo, a la miseria y a un sistema de dependencia colonial. “La historiografía tradicional”, escribió José Aylwin en 2001, “impuso la visión de que la nuestra era una sociedad homogénea, resultante de la fusión del europeo y de los indígenas, pero con un claro predominio de los primeros y de su cultura”⁸⁸. El saldo histórico de la ocupación estatal de la Araucanía dejó a los historiadores con un gran desafío intelectual y una tarea de índole moral. “Debemos admitir”, escribió José Aylwin en 1999, “que lo que está en juego no es solo un problema de pobreza, de sectores económica o socialmente desprotegidos.....se trata más bien, de la situación de sectores étnica y culturalmente diferenciados, por largo tiempo negados por la sociedad chilena y su ordenamiento jurídico; de comunidades arrinconadas en su propio territorio, en virtud de una política de Estado y de la acción de particulares que se beneficiaron de dicha política. Debemos reconocer, consecuentemente, que existe de parte de la sociedad chilena y del Estado una deuda histórica para con los mapuches que aún no ha sido saldada”⁸⁹.

Como se ha visto en las páginas previas, los autores que se refirieron a la cuestión mapuche durante la primera mitad del siglo XX lo hicieron desde el horizonte teórico de la paulatina integración y extinción del pueblo mapuche. Se pensó, con más optimismo que evidencia, que la implantación de las instituciones estatales en la Araucanía llevaría a la inevitable amalgama de sus habitantes con la así llamada ‘nación chilena’. Nada de eso ocurrió. Los mapuches probaron ser más tenaces que los anuncios que se hacían desde la historiografía. En realidad, siempre ha sido muy temprano y erróneo hablar del ‘ocaso de

⁸⁶ Id.:49.

⁸⁷ Id.: 75.

⁸⁸ José Aylwin, “Los conflictos en el territorio mapuche: antecedentes y perspectivas”, en Instituto de Estudios Indígenas, *Políticas públicas y pueblo mapuche* (Ediciones Escaparate, 2001): 53.

⁸⁹ José Aylwin: 49.

un pueblo' o de un 'horizonte de los vencidos', vocablos que más bien pertenecen a los moldes racistas y despreciativos que han introducido algunos historiadores en la memoria nacional que a los complejos y refinados fenómenos sociales que subyacen a la evolución del país⁹⁰. Por sobre todo interesa señalar que, además de echar abajo los peores presagios, los mapuches probaron ser distintos. No eran ni salvajes, ni bárbaros, ni inferiores ni infra-humanos: simplemente distintos. Por supuesto, las trabas, prejuicios y estereotipos no fueron sencillos ni fáciles de superar. Estaban enclavadas en el centro mismo de la mentalidad de los historiadores que construyeron, y construyen, el relato oficial. "La risa psicológica o intelectual que percibe lo ridículo sin manifestaciones externas de mímica y estrépito", escribió Guevara en 1922, "no es la característica del indio; esta requiere cierto grado de cultura en el sujeto".

Para terminar esta revisión de la historiografía de la Pacificación viene al caso citar una frase de Stuchlik, escrita en 1970 pero aún válida, que define globalmente el problema que subyace al estudio de la sociedad mapuche del siglo XX. "La sociedad mapuche no se define nunca como una categoría residual, sino siempre en sentido positivo, en término de las características que presentan los mapuches y que el *huinca* no posee"⁹¹. En ese sentido, pensando en las tareas futuras de los intelectuales, el propio Stuchlik acuñó un aforismo que, de alguna manera, sintetiza gran parte del esfuerzo intelectual realizado por los investigadores y especialistas, además de legisladores y hombres públicos que abordaron la temática mapuche en nuestro país: "Hasta hace poco, el interés chileno en los Mapuche se centraba exclusivamente en los problemas de la reglamentación del contacto; en otras palabras, la pregunta más importante era siempre ¿qué hacer con los Mapuche?; y nunca, ¿qué son o cómo son los Mapuches?".

A fines de la década de 1960, y cuando Chile fue remecido por la inmensa movilización social que realizaron los mapuche para recuperar sus tierras -fenómeno inesperado que se reconocería posteriormente como el *cautinazo*-, estaba claro que la historiografía chilena sobre los mapuches estaba en bancarrota. Sus fundamentos racistas y prejuiciosos habían quedado al desnudo, así como también se había expuesto el fracaso de sus tesis que proclamaban la decadencia, la extinción o la asimilación. La historia oficial disfrazada de ciencia, con todas sus falacias, grandilocuencias y premisas falsas sostenidas por un sistema de dominación, yacía virtualmente en ruinas. Había que comenzar a escribir un relato más auténtico y verdadero. Pasar las vallas de prejuicios y derribar las murallas de estereotipos, para llegar a la gente real. Por sobre todo, escuchar la voz de los mapuches. Esa voz que retumbó sonora a fines del siglo XIX y que después bajó el tono cuando los historiadores la condenaron al silencio.

"Mira coronel, ¿no ves este caudaloso río, estos dilatados bosques, estos tranquilos campos? Pues bien, ellos nunca han visto soldados en estos lugares. Nuestros ranchos se han envejecido muchas veces y los hemos vuelto a levantar: nuestros bancos el curso de los años los ha apollillado y

⁹⁰ Véase el primer concepto en Sergio Villalobos, *Historia del pueblo Chileno* (4 Vols., 1982-2004); el segundo concepto, en *Los pehuenches en la vida fronteriza* (Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 1989), del mismo autor.

⁹¹ Stuchlik: 35.

hemos trabajado otros nuevos y tampoco vieron soldados: nuestros abuelos tampoco lo permitieron jamás. Ahora, ¿cómo queréis que nosotros lo permitamos? No! No!, vete, coronel, con tus soldados; no nos humilles por más tiempo pisando con ellos nuestro suelo”⁹².

⁹² Navarro, Ob. Cit.: Vol. 1: 180, recordando las palabras que el *lonko* de Toltén dijo a Cornelio Saavedra durante el improvisado parlamento de Toltén, en 1870.